



II

INVASIÓN DE LA ISLA DE CUBA

1760-1762.

Proyectos del rey Carlos III antes de declarar la guerra á la Gran Bretaña.—Previsiones defensivas que ordenó.—Nombramiento de Gobernador para la isla de Cuba.—Instrucciones comunicadas.—Fuerzas de tierra y mar puestas á sus órdenes.—Lo que comunicó al jefe de la escuadra.—Confianza que tenía en sus efectos.—Se prepara en Inglaterra expedición contra la Habana.—Navega por el canal viejo de Bahama.—Sorprende su vista á las Autoridades.—Medidas precipitadas que adoptaron.—Abandonan la eminencia de la Cabaña.—Inutilizan á la escuadra.—Los ingleses formalizan el ataque.



¿Qué ideas, qué proyectos acariciaba el rey Carlos III al lanzarse resueltamente á la guerra? La antelación con que fué aumentando el contingente de su ejército, así como las disposiciones dictadas para armar cuarenta navíos en menos de seis meses ¹, indicios son de que no sin plan preconcebido suscribió la Convención secreta de París ², obligándose voluntariamente á pelear con todas sus fuerzas «hasta compeler á Inglaterra á volver en sí para una paz razonable»; y como no fuera fácil alcanzar tal resultado, ni menos el de «abatir el orgullo y soberbia de la nación británica» (significado en

¹ «Te envío el papel adjunto para que veas los navíos que tendré armados el mes que viene.» Carta dirigida á Tanucci en 25 de Marzo de 1760. Ferrer del Río, t. I, pág. 285.

² En 15 de Agosto de 1761. Extractada en el capítulo anterior á éste.



instrumento público) ¹, con la acción puramente defensiva, puede con alguna razón conjeturarse la existencia de presupuestos de campaña que, por reserva en los archivos, han escapado sin duda, á la diligencia de nuestros historiadores hasta el día.

Entre los de los aliados, uno consigna ² haber emitido el Gobierno de España la idea del bloqueo continental, invitando á Rusia á concurrir, proyecto que el Duque de Choiseul juzgó irrealizable.

Otro, no más preciso, insinúa ³ que vino á Madrid Mr. de Boutteville con la misión especial de concertar una expedición á Irlanda en apoyo de los naturales, amotinados y dispuestos siempre á sacudir el yugo bajo el que vivían, y este pensamiento tuvo sin duda acogida, toda vez que se acumularon tropas en Galicia al mismo tiempo que se preparaba la escuadra del departamento de Ferrol ⁴. No fué, sin embargo, definitivo; antes de la madurez se estudió en Francia otro de más trascendencia inspirado por el dicho Duque de Choiseul, que á la sazón tenía á cargo los ministerios de Guerra y Marina.

Tratábase de invadir á Inglaterra por sorpresa ⁵, poniendo cien batallones de tropas francesas en la frontera de Alemania; estableciendo el sitio de Gibraltar con gran aparato; combinando las escuadras de España y Francia en el Medi-

¹ Manifiesto publicado en 15 de Diciembre de 1761.

² M. Henri Martin, *Histoire de France*, t. IX.

³ Don Andrés Muriel en sus anotaciones á la obra de Willian Coxe, t. IV, página 478.

⁴ Un escritor de tiempo, D. José Vicente Rustant, en las *Décadas de la guerra de Alemania, Inglaterra, Francia, España y Portugal, con reflexiones político militares sobre sus acontecimientos, así en Europa como en Indias* (Madrid, 1765), decía:

«Había lugar para creer que el ejército español se encaminaría á Galicia con el fin de practicar algun desembarco en Irlanda, luego que la estación y la ocasión lo permitiesen, hallándose prevenida en el Ferrol una escuadra de navíos que podía acreditar la realidad del proyecto. Pues en Inglaterra se tuvo casi por cierto que la España había formado algunos designios contra esta isla, y lo anunciaron las noticias públicas de Londres con motivo de un alboroto sedicioso que podía ocasionar la subversión de aquel dominio si los habitantes hubiesen sido sostenidos á tiempo.»

⁵ El plan completo se copia en el Apéndice de este capítulo.



terráneo y en el Océano de modo que atrajeran hacia Lisboa y el Estrecho las de la Gran Bretaña con fuerza proporcionada á las que las habían de amagar; y en la suposición de que, no teniendo que sospechar en su casa, se alejarían del Canal de la Mancha, acudiendo rápidamente veinte navíos reunidos en Ferrol, con pocos días que dominaran aquellas aguas ampararían la travesía de los cien batallones en barcas desde Dunkerque y Calés. El éxito de la empresa se hacía depender del secreto y de la habilidad con que era menester desorientar á la vigilancia inglesa.

Tampoco se llevó al terreno de la práctica este plan complicado que tropezaría con dificultades, y todos ellos se redujeron en la mar á la defensiva sistemática después de los días de Felipe II.

Mucho antes de la declaración de guerra la preparaba el Rey, comenzando por lo que importaba á la de la isla de Cuba, aleccionado por los dos intentos de los ingleses en la guerra anterior para ocuparla, y por los informes del Embajador de Londres, conde de Fuentes, de que no dejarían de repetirlos con superiores elementos. Nombrado capitán general D. Juan de Prado Portocarrero en 1760, distinguiéndole doblemente con ascenso á Mariscal de campo, á más de las prevenciones del Ministro encaminadas á poner á la plaza de la Habana en respetable estado, imponiéndole de los antecedentes y de los proyectos estudiados para su mejor fortificación, quiso instruirle personalmente de su voluntad, y á este fin le mandó ir á San Ildefonso juntamente con los hermanos D. Francisco y D. Baltasar Ricaud de Tirgale, ingenieros franceses de crédito elegidos para acompañarle, y en presencia del secretario de Estado D. Ricardo Wall, examinó con ellos los planos de la referida plaza y su puerto ¹.

La Habana estaba entonces circuida con cortinas de mucha extensión y mediana altura, que se construyeron para ponerla á cubierto de las empresas atrevidas de los filibusteros en el reinado de Carlos II. Nueve baluartes sin terraplén

¹ Proceso sobre la defensa de la Habana.—Impreso.—Acusación y defensa de D. Juan de Prado.



ni parapetos las flanqueaban, y solamente tenían foso en algún trecho, á inmediación de la puerta de la Punta. En ésta, que forma hacia el Oeste la entrada del puerto, se alzaba el castillo del mismo nombre, con muros bajos y de poco espesor, y al otro lado de la boca, sobre una roca, el castillo del Morro en situación excelente y, aunque de no gran extensión, la mejor de las obras militares. Perjudicaba, sin embargo, á su fortaleza una altura inmediata por la espalda, nombrada la Cabaña, que no sólo lo domina, sino que es también padrastro de la ciudad, por lo que, considerada llave del puerto, de muy atrás se había pensado en fortificarla haciéndola cabeza del sistema.

Lo advirtió el Rey al nuevo Gobernador, recomendándole procediera á la obra con prontitud, sin esperar respuesta de papeles, en el seguro de que caudales no faltarían, y para esforzar la importancia de este cuidado se sirvió manifestarle, en confianza, «podría obligarle tal vez la conducta de Inglaterra á un rompimiento, y así estuviese con tal precaución, como que podía, cuando menos se lo pensase, ser invadida y atacada la plaza '».

En tal forma instruido, llegó el 7 de Febrero de 1761 á la Habana, donde siguió recibiendo órdenes encaminadas al objeto mismo. Ofreciósele aumentar las fuerzas de tierra y mar que pudieran servirle en la custodia de la isla, verificándolo antes de mediar el año en que se incorporaron á la guarnición trece compañías de los regimientos de Aragón y de España, una de artillería y poco después 200 dragones de Edimburgo, que sólo llevaron sillas por haber en el país facilidad para montarlos.

Condujo á la mayor parte de la fuerza de ejército una escuadra de seis navíos de línea gobernada por D. Gutierre de Hevia, marqués del Real Transporte, protegido del Rey por haberle traído desde Nápoles como comandante del navío *Fénix*. Iba investido con el cargo de Comandante general de las escuadras de América, teniendo á las órdenes 14 navíos

' Textual en el proceso citado.



y seis fragatas en la Habana, tres de los primeros y una fragata en Santiago de Cuba, uno y dos de éstas en Veracruz, tres y una en Cartagena; en total, 21 navíos de línea y 10 fragatas.

En las instrucciones, que importa conservar en la memoria, se le ordenaba procurase mantener unida y en pronta disposición de valerse de ella cuando la urgencia lo pidiera, á la escuadra de la Habana; prevenir cualquier insulto, máxime los de grave consecuencia, y en caso de que las noticias ó sospechas indujeran á este recelo, concurrir con el Gobernador, con los demás generales de mar y tierra que se hallaran en la plaza, el Teniente de rey, el oficial más graduado de la tropa de la guarnición y el capitán de navío D. Juan Antonio de la Colina, como más antiguo, á formar una junta en que se tratara y deliberara el partido que convendría tomar¹. Repitiéronse las prevenciones de mantener esta escuadra unida y pronta dentro del puerto para usar de su todo ó parte cuando conviniera, sin exponerla en salidas no necesarias, con advertencia de que «bien podía deducir de la continuación de socorros con que el Rey procuraba poner aquellos dominios á cubierto de cualquiera insulto, que no se vivía sin recelo de él²».

Por desgracia, con uno de los mencionados socorros, el de presidiarios que se despachó desde Veracruz para emplearlos en las obras de fortificación, se desarrolló en la Habana con terrible intensidad la epidemia de fiebre amarilla ó vómito negro que hacía estrago en la ciudad de Hernán Cortés, inficionando á la guarnición y tripulaciones, entre las que hubo bajas de más de 1.800 hombres en aquel verano. Los refuerzos de España se redujeron, por tanto, considerablemente, y los trabajos de la defensa sufrieron paralización no calculada, por atender á instalar hospitales y al cuidado en ellos de tantos enfermos ó convalecientes.

Dispuesta por este tiempo en Inglaterra una expedición contra las Antillas francesas, se presentó á principios del año 1762 en las Barbadas el almirante Rodney, y allí juntó á

¹ Real orden de 24 de Febrero de 1761, inserta en el proceso.

² Real orden de 14 de Noviembre de 1761. Ídem id.



las tropas que conducía, contingentes de las islas y de Carolina y Georgia, en suma de 12.000 soldados de desembarco. Atacó á la Martinica, que no pudo resistir á tan crecida fuerza, y obligando á capitular á las ciudades fortificadas de Fort-Royal y Saint Pierre en Febrero, toda la isla quedó en su poder, así como las de Granada, Santa Lucía y San Vicente, rendidas después por corolario, con lo que dominaron los britanos la cadena que forman las islas de barlovento desde el Continente hasta las de Puerto Rico y Santo Domingo; apresaron ó destruyeron á los corsarios abrigados en los puertos ¹ y tuvieron á la mano los puntos de recalada de la navegación de Europa, interceptándola con sus cruceros.

Por lo mismo no se supo nada de sus operaciones y conquistas en la Habana, con no estar muy lejos, ni pudo recibirse en el tiempo oportuno noticia de la declaración de guerra de España. El paquebot *San Lorenzo*, que la conducía juntamente con las prevenciones del Gobierno, fué alcanzado sobre cabo Tiburón por un buque enemigo de su misma fuerza aproximadamente, el *Milford*, de 16 cañones, y combatió esforzadamente un día entero, quedando ambos casi deshechos, muerto el comandante y segundo y herido el tercero en el inglés; pero fué mayor la pérdida del nuestro y tuvo que rendirse.

Lo mismo acaeció á la fragata *Ventura*, de la Habana, en pelea con la inglesa *Fowey*, en la misma costa de Santo Domingo, y en los propios principios de Febrero. A la hora y media de fuego se separaron con el aparejo destrozado; renovaron el combate el siguiente día una y otra vez, sosteniéndolo con igual vigor, hasta que, yéndose á pique la *Ventura*, arrió la bandera, contando 50 muertos. Los dos encuentros fueron consignados por excepcionales en la duración y en la bravura ².

¹ Campbell.—Laird Clowes.

² « The engagement renewed for the third time, was more bloody and desperate than before. It lasted with extraordinary courage and conduct on both sides till half an hour past eight, when the Spanish frigate having received several shot between wind and water, and being reduced almost to a wreck, was compelled to strike her colours. » —Campbell.



El Comandante del *San Lorenzo*, cumpliendo la obligación de arrojar al fondo de la mar los pliegos de la correspondencia oficial, se ingenió para conservar un ejemplar de la *Gaceta de Madrid* en que se proclamaba el estado de guerra, impreso que condujo á Santiago de Cuba desde Jamaica y que llegó á manos del Gobernador de la Habana en 26 de Febrero, con la nueva.

Ninguna variación se hizo hasta entonces en las defensas de la plaza á pesar de la precisión y de la claridad de las instrucciones de la Corte. En el año largo transcurrido desde que D. Juan de Prado se posesionó del mando, se había desmontado de maleza la meseta que termina la eminencia de la Cabaña, y trazado sobre el terreno los cimientos de un polígono regular, calculado por el ingeniero jefe D. Francisco Ricaud, que, al llegar á este período de iniciación las obras, falleció de la epidemia reinante, paralizándose todo. Ahora, vista la declaración real de la *Gaceta*, convocó el Gobernador á la Junta de Guerra, en la que por eventualidad se dieron puestos preeminentes al teniente general D. José Manso de Velasco, primer conde de Superunda, anciano achacoso, en viaje á la Península al cesar en el virreinato del Perú, y al mariscal de Campo D. Diego Tabares, gobernador que había sido de Cartagena de Indias, y que, relevado, regresaba también á España.

Los primeros acuerdos tuvieron por objeto el reparo de lo omitido; formar padrones de los individuos en estado de tomar las armas, reorganizar las milicias, suspender las construcciones del arsenal de marina, agregando la maestranza á las fuerzas de la plaza y ocupándola en reponer las cureñas y pertrechos de las baterías, y sobre todo proseguir las obras en la Cabaña, procurando siquiera abrir los fosos al polígono proyectado y utilizarlos en fortificación *de providencia* ó de campaña.

Prado pidió por sí á la metrópoli envío de 1.000 soldados veteranos y 4.000 quintales de pólvora, sin mostrarse por ello alarmado; al contrario, la presencia de la escuadra en bahía le prestaba confianza tal, que no reservaba la opinión de «no



importarle nada» que la plaza fuera expugnada, dudando tener él tan buena fortuna, conceptos que repitió en las comunicaciones dirigidas al Ministro de Indias, escribiendo «yo no creo que piensen en venir aquí (los ingleses), porque no pueden ignorar la disposición en que nos hallamos de recibirlos ¹».

Parecidas seguridades daba el jefe de la escuadra, Marqués del Real Transporte, habiendo manifestado desde el principio estar penetrado de las intenciones de S. M. y dispuesto «para operar en todo y por todo según su real mente ²», con lo que no es mucho que, confiado el Gobierno en la respetabilidad de sus delegados, comunicara al Rey y á su Embajador en Francia la idea de no hallarse en peligro la colonia.

S. M. escribió entonces: «He tenido el gusto de recibir cartas de la Habana del 20 de Mayo, y de ver por ellas que aquella isla se halla en el buen estado que yo puedo desear y aguardando á los ingleses con el mayor ánimo; y así espero que los romperán bien la cabeza y que los quitarán la gana de ir á otras partes ³».

Precisamente en la fecha indicada por el rey D. Carlos, el 21 de Mayo, había llegado jadeante á la antesala del Gobierno de la Habana un individuo que solicitaba inmediata audiencia para comunicar avisos de importancia grave. Era traficante establecido en Jamaica, testigo de vista de los aprestos que se hacían en la isla, é informado de su destino, embarcó en un lanchón contrabandista que lo puso en tierra en el cabo de San Antonio, y cabalgando desde allí día y noche en potros sin montura, corrió sin descanso, deseoso de prestar servicio á la patria, anticipando el aviso de la invasión ⁴.

¹ Carta del ministro D. Julián Arriaga al Conde de Aranda, fecha 7 de Julio de 1764, inserta en el proceso.

² Carta dirigida al Ministro desde la Habana en 6 de Julio de 1761, inserta en el proceso.

³ Carta del Rey á Tanucci, 27 de Julio de 1762. En otra anterior del 22 del mismo mes había sentado: «Tienes razón en decir que su caída (la de los ingleses) sería si alguna de sus escuadras del Océano fuese batida, *lo cual puede ser que haya sucedido ó suceda en América con la ayuda de Dios.*» Ferrer del Río, t. I, págs. 346 y 347.

⁴ Pezuela, *Historia de Cuba*, t. II, pág. 460.



Con todo su celo, no era el primero en llevar la noticia. En Marzo había entrado en el puerto la fragata *Santa Bárbara*, procedente de Cádiz, llevando cartas particulares en que aseguraba el armamento en Inglaterra de una expedición contra la plaza. En Abril fondeó la corbeta de guerra francesa *Calipso* con despachos del Gobernador de cabo Francés, anunciando su llegada á la colonia, y la disposición en que estaba para cumplir la intención de ambas coronas de reunir sus escuadras, de lo que se le había instruído antes de salir de Brest. En Mayo, nueva carta de las Autoridades francesas de Santo Domingo comunicaba tener á la vista siete navíos y tres fragatas enemigas que podrían sorprenderse y batirse, concurriendo la escuadra de la Habana, é intentar después, junta con la francesa, golpes de consideración. Por último, en Junio, lamentando el almirante Conde de Blenac que la unión no se hubiera verificado todavía, porque se había perdido la ocasión de atacar al almirante inglés Pocock y apoderarse del convoy de tropas que traía custodiado con fuerzas muy inferiores á las de ambas coronas, desbaratando su empresa, avisaba que ahora se dirigía hacia el canal viejo de Bahama ¹.

Difícil es el cambio de opinión en los hombres jactanciosos. Lo que en la de Prado influyeron los avisos fué para despertar la suspicacia sin perjuicio de la incredulidad, mucho más excitada con las indicaciones del Almirante francés. ¿Cómo admitir la posibilidad de que una escuadra numerosa embocara el canal viejo de Bahama, tan largo y peligroso, donde sin absoluta necesidad apenas se arriesgaban los bajel-sueltos?

Sin embargo, la noticia era de todo punto exacta: por aquella vía azarosa amagaba la invasión, de tiempo atrás meditada en Inglaterra por el ministro Pitt, como medio eficaz para acabar pronto la guerra, toda vez que conseguida la conquista, ocupado el centro del comercio y de la navegación de las Indias españolas, quedaría paralizado, cuando no

¹ Comunicaciones insertas en el proceso.



interceptado por completo, el envío de caudales, que constituían el recurso del enemigo, y, en caso de proseguir la hostilidad, el punto adquirido pondría en peligro á toda América. La armada dispuesta para la expedición, al mando del almirante Jorge Pocock, dió la vela en Portsmouth el 5 de Marzo, haciendo rumbo á la isla de Santo Domingo, sobre cuya costa se le unió Sir James Douglas, jefe de la escuadra del mar Caribe, juntando 27 navíos de línea, 15 fragatas, nueve avisos, tres bombardas, que montaban 2.292 piezas de artillería, y 150 transportes, conduciendo 12.040 hombres de tropas veteranas. Sumados á los 8.226 que contaban las tripulaciones y á 2.000 peones negros para gastadores, formaban un total de 22.326, y aún habían de agregarse 4.000 procedentes de Nueva York y Charlestown, según órdenes comunicadas al Gobernador general de la América del Norte.

Las fuerzas de desembarco, divididas en cinco brigadas con el material correspondiente de artillería de campaña, tren de sitio, parque de ingenieros, tiendas y repuestos, iban á cargo del general en jefe lord Albemarle, teniendo á las órdenes al teniente general Sir Jorge Elliot y á los generales lord Rollo, Francis Grant y Guillermo Howe ¹.

Toda esta armada unida partió de la Martinica el 6 de Mayo; y en vez de navegar por la derrota común y ordinaria, costeando por el sur de Cuba hasta el Cabo de San Antonio, embocó el Canal Viejo, por admirable resolución del almirante Pocock, jamás pensada antes, y cumplida con precauciones de la suficiencia bastantes para prevenir el reproche de temeridad, no injustificado si se consideraba la acción de penetrar con 200 velas entre un rosario de bajíos

¹ Datos de D. Jacobo de la Pezuela, en su *Historia de Cuba*, en la que incluye lista completa de los bajeles que formaban la escuadra, sus nombres, los de sus comandantes y artillería que montaban. Mr. Campbell, disminuyendo la fuerza de la expedición, aunque declara era la de más consideración que nunca se viera en América, anota 19 navíos de línea, 18 buques menores, 150 transportes, 10.000 soldados, á los que se habían de agregar 4.000 de Nueva York. Mr. Laird Clowes inserta, como Pezuela, el estado de fuerza de la escuadra con los nombres de los buques y sus comandantes, y comprende á 27 navíos de línea, 27 fragatas y cruceros, sin contar las naves hospitales, almacenes y transportes y á 15.500 soldados, á los que habían de agregarse los de la expedición de Nueva York.



de 700 millas de extensión, sin más guía que una carta general en punto reducido. Lo hizo enviando por delante un buque ligero que navegaba con la sonda en la mano. Seguían algunas fragatas repitiendo el reconocimiento: los buques menores y lanchas de los otros marcaban los viriles á derecha é izquierda, sirviéndose de señales para el día y la noche, y en medio caminaban la escuadra y el convoy en siete divisiones.

Poco antes de desembocar, alcanzaron las fragatas de vanguardia á las españolas *Fénix*, de 22, y *Tetis*, de 18 cañones, que convoyaban dos barcas destinadas á cargar en Sagua maderas para el arsenal de la Habana; los cuatro buques fueron apresados tras una defensa proporcionada á sus medios, incorporándolos á la gran masa cuando llegaba á la ancha mar.

De mañana el 6 de Junio se descubrieron en el horizonte, desde el Morro, las manchas blancas que la acusaban: el gobernador D. Juan de Prado reprendió á los que alarmaban á la ciudad esparciendo la nueva. No se persuadía aún de la presencia del enemigo, afirmando que las velas avistadas debían pertenecer al convoy mercantil despachado anualmente desde Jamaica para las islas Británicas. Fué menester que le advirtieran la aproximación de los bajeles con lanchas en el agua á remolque, para que saliera de la actitud pasiva en que vivía. Trocada entonces su confianza en inquietud confusa, mandó reforzar los castillos, cubrir los puestos avanzados, procurarse caballos y monturas para los dragones, que aún estaban cual llegaron de España; convocar á las milicias, hacer salir destacamentos á las playas, y esto mientras en tropel huían al campo las familias y multitud de vecinos acudía á la Fuerza pidiendo fusiles.

La tropa regular de todas armas que guarnecía á la plaza, comprendiendo los marineros é infantería de la escuadra, agregados, sumaban 2.800 plazas, y poco más de 5.000 las compañías de milicias y paisanos voluntarios. Sin armas se emplearon en los trabajos de fortificación 250 individuos de



maestranza del arsenal y buques, y 600 negros esclavos facilitados por sus dueños ¹.

En las primeras horas del día 7 de Junio batieron las fragatas inglesas á los torreones de Cojimar y Bacuranao, situados en la playa á barlovento, ó sea al Este de la boca del puerto, reduciéndolos á escombros en breve tiempo, tras lo que, bajo la protección de su artillería, verificaron el desembarco, y formados unos 8.000 hombres en dos cuerpos, avanzaron hacia Guanabacoa sin encontrar obstáculo. Un pelotón de lanceros del campo que valientemente cargó á la vanguardia, fué deshecho sin gran esfuerzo y huyó desbandado hacia el interior.

En este tiempo deliberaba la Junta de guerra, y conocida desde el principio la intención del enemigo de dirigirse á la Cabaña, acordó hacer en un momento lo que por años estaba descuidado; esto es, fortificar la altura, ordenando al efecto que subieran los ingenieros y la maestranza con un millar de peones, al mismo tiempo que los marineros de la escuadra, por más ágiles y diestros, arrastraban por la pendiente ladera cañones de á 12, en número bastante para armar dos reducidos que dominaran, respectivamente, los accesos por el Morro y por Guanabacoa; mas no ocurrió á la tal Junta disponer que en la pendiente se hiciera tumba de árboles ó cortaduras ó trincheras, tras las que poca gente, emboscada en guerrilla, hubiera detenido el avance, descuido aprovechado por el enemigo para un reconocimiento en la noche del 8, con el que aturdió á los milicianos que velaban, en términos de disparar unos sobre otros y de dispersarse despavoridos, y bastó la falsa alarma para que, revocando el acuerdo la mencionada Junta, ordenara clavar y despeñar la artillería con tanta pena ascendida, y abandonar la posición que irreflexivamente consideraba insostenible.

¹ Consta la fuerza efectiva en los estados de revista incluidos en el proceso. Los historiadores ingleses, que disminuían la suya, singularmente Beatson, en las *Memoirs of the Late War*, según Pezuela, acrecentaron ésta, diciendo constaba de 13.600 infantes, 9.000 marineros y 14.000 milicianos de ambas armas, con todo lo cual compaginan suma de 27.600 soldados.



Apenas se concibe que generales y jefes de largos servicios convinieran en tan desatentada resolución, concedores como eran ó debían ser, de consistir en la posesión de la meseta culminante la seguridad de la plaza; obligados como estaban por los mandatos reales á fortificarla y mantenerla á todo trance; persuadidos, sin duda, de lo que importaba á su propio decoro.

Cuántas veces en las guerras de Flandes ocurrió que algunos centenares de soldados serenos detuvieron ejércitos, amparados por obras de tepes, de fagina, de barricas ó de sacos á tierra, que en pocas horas se levantan, bien sabrían los cursados en el arte militar, á favor del que la Cabaña, cubierto el flanco izquierdo por el Morro, apoyado el derecho en la artillería de la escuadra, en comunicación con el puerto y con la plaza por la espalda, ofrecía á la habilidad situación de recurso, y al valor lugar señalado en que jugar la suerte de las armas; mas por inconcebible que parezca, desalojado fué con precipitación extraña, consintiendo que al cuarto día de poner pie en tierra el enemigo, lo ocupara sin pérdida de un solo hombre.

De gravísimo perjuicio resultó también otra determinación adoptada por el temor irreflexivo de que la escuadra inglesa intentara forzar el puerto. Se mandó barrenar y sumergir en la boca á los tres navíos *Asia*, *Neptuno* y *Europa*, y tender de lado á lado ante ellos una cadena de tosas de madera enlazadas. Quedó inutilizada una escuadra fuerte, que con sus cañones sirviera mejor para defender la boca, apoyada por los castillos, y que, pudiendo salir á la mar, constituiría una esperanza, al paso que encerrada quedaba sujeta á la suerte de la plaza.

Se tuvo en cuenta el refuerzo de consideración que á ésta prestarían las tripulaciones; los condestables, los artilleros, los oficiales, dirigiendo las baterías; la infantería de marina, formando un batallón de confianza; los vasos, con su movilidad y concentración de fuegos; pero no se discurrió que anulando á la escuadra se consentía á la enemiga que extendiera su radio de acción dividiéndose, y que sin recelo pu-



diera desguarnecer los bajeles y dar al ejército desembarcado hombres y elementos propios, en mayor proporción de los que los sitiados se procuraban.

Que inspiraba confianza el personal de la armada se advirtió por la distribución de cargos principales en él. Comandante general de la isla se nombró al capitán de navío don Juan Ignacio Madariaga, encomendándole la subsistencia de la ciudad y el apremio á las justicias y autoridades de los pueblos para que rápidamente pusieran á las milicias sobre las armas y las enviaran al socorro de la capital, así como también el despacho de emisarios por Batabanó, el puerto de Jágua y Cabo Corrientes, solicitando auxilio inmediato de los gobernadores de Méjico, Yucatán, Cartagena, Panamá y Santo Domingo. Los castellanos de las fortalezas, que por descanso en la vejez servían los puestos, fueron relevados por otros, comandantes de navíos, designando para regir la del Morro, á D. Luis Vicente de Velasco; para el castillo de la Punta, á D. Manuel Briceño; para la Puerta de Tierra, á D. Pedro Castejón, y para fortificar y sostener la loma de Soto ó de Atarés, en el fondo del puerto, á D. Juan Antonio de la Colina. Los bajeles se desaparejaron, y protegidas las cubiertas y costados con sacos de tierra, quedaron en disposición de cambiar de sitio para servir como baterías flotantes, completando las ideas de la Junta de guerra y defensa, circunscritas á concentrar en los castillos y la plaza las tropas disciplinadas, y á que salieran de la última al campo las personas inhábiles que hubieran de consumir provisiones sin cooperar en la defensa.

El almirante Pocock, acabado el desembarco del material en Cojimar, viéndose libre de recelo por la mar, puso á disposición del general en jefe la infantería de marina de la escuadra, espació los cruceros con objeto de cortar la comunicación exterior, situó las bombardas, empezando á lanzar proyectiles sobre la Punta, y corriéndose á sotavento con algunos navíos, batió la torre de la Chorrera y echó 2.000 hombres en tierra por aquel lado, importándole disponer del único lugar de aguada en la costa contigua. Esta fuerza se



posesionó de la loma de Aróstegui, donde al presente existe el castillo del Príncipe, fogueada en escaramuza por los milicianos del campo, que la mermaron cortando á las partidas destacadas en busca de provisión.

Si el lord Albemarle hubiera avanzado desde Guanabacoa con rodeo de la bahía, teniendo en sus manos á la Cabaña y á la mencionada loma, poco pudiera resistirle la plaza, embestida por el lado más flaco; prefirió expugnar al castillo del Morro, desacertadamente, porque la ciudad no dependía de aquella fortificación, erigida expresamente para mandar la boca del puerto; al contrario, el castillo era dependencia de la plaza, de la que recibía la munición de boca y guerra, y, sometida ésta, consecuencia natural tenía que ser la rendición de la obra separada, sin esfuerzo ni efusión de sangre. La ventura del caudillo de la Gran Bretaña consistió en dar con una Junta bastante más desacertada que él.

APÉNDICE AL CAPÍTULO II

Proyecto de invasión de Inglaterra formado por el Ministerio francés y remitido en 14 de Abril de 1762.

En el caso de que las dos Coronas determinen el paso de un ejército á Inglaterra, necesario será combinar el proyecto de modo que asegure el dominio del Canal de la Mancha y la superioridad en este mar, al menos en espacio de cinco semanas, y si se comparan las escuadras disponibles de las dos potencias con el número de navíos que los ingleses tienen armados, se advertirá que no es fácil adquirir tal superioridad, ó, cuando menos, la que fuera indispensable para imponer al enemigo.

Francia y España, según mi cálculo, cuentan actualmente con seis navíos de línea en Brest, 10 en la Rochela, ocho en Ferrol, 14 en Cádiz, cuatro en Cartagena y 10 en Tolón. Reunidos todos compondrían escuadra de 52 navíos de línea, pero la situación respectiva no es la que conviniera para poderlos juntar y llevarlos unidos al Canal de la Mancha.



Los 10 navíos de Tolón podrían, sin riesgo, trasladarse á Cartagena, y con los cuatro de este Departamento compondrían escuadra de 14, insuficiente para pasar el estrecho de Gibraltar sin combate, que pondría en riesgo esta parte de nuestra marina, porque tendría que medirse con navíos superiores en número y en fuerza, sería deshecha, y nos privaríamos de un recurso que, mientras subsista, determina, en cierto modo, nuestra superioridad en toda la extensión del Mediterráneo.

Preciso es, pues, hacer cuenta tan sólo de las fuerzas repartidas en los puntos del Océano, consistentes en 37 navíos de línea, de los cuales hay que rebajar los nueve que están en Rochefort, cuya salida no es posible mientras los ingleses cierran el Charente, fondeados en la isla de Aix.

La fuerza disponible y en disposición de navegar hacia la Mancha se reduce, por tanto, á las escuadras de Cádiz, de Ferrol y de Brest, que sumarían 28 navíos de línea; mas no siendo prudente desgarnecer del todo á la bahía de Cádiz, en su condición abierta, habría que dejar en ella seis, de suerte que la escuadra de ejecución se reduciría en todo y por todo á 22 navíos.

Desde el momento en que los ingleses presumieran el destino de éstos, podrían fácilmente juntar escuadra que no los perdiera de vista y destruyera nuestro plan. Bien se ha visto que, á pesar de la dispersión en que han tenido á sus buques durante la guerra, siempre se han mostrado en disposición de hacer frente á los peligros con que les amagaron los de Francia, y ha de suponerse que harán uso de idénticos medios y el mismo proceder. Así, para sacar partido de la escuadra de 22 navíos, sería necesario despistarlos y estudiar la operación del desembarco de forma que los tenga alejados del lugar, siendo probable que si la escuadra combinada llega á penetrar repentinamente en el Canal sin que lo hayan sospechado, necesiten cinco semanas, por lo menos, para reunir armada superior.

En el intervalo es posible el paso de las tropas y la ocupación de un punto de apoyo en la costa de Inglaterra, susceptible de proteger los socorros que sucesivamente se envíen desde los puertos de Francia, principalmente en las noches largas de invierno.

La situación actual de las fuerzas inglesas favorece, al parecer, el proyecto, dispersas sus escuadras, parte en América, parte en Gibraltar y parte en las costas de Francia, estando la más considerable fondeada en la isla de Aix. Advertidos de la aparición de armada de 22 navíos en el Canal, de la que tienen en América nada podrían esperar; convocarían con la posible celeridad á las de Gibraltar y Quiberón, y harían salir de los puertos de Inglaterra cuantos buques hubiera disponibles; pero antes que las órdenes fueran comunicadas y cumplidas, pasarían las cinco semanas calculadas,



espacio de tiempo más que suficiente para verificar el desembarco y poner á las tropas en seguridad, para que, al volver á dominar el mar los enemigos, no dependan del socorro y sostén de nuestra escuadra.

No podrá alcanzarse el resultado que ha de servir de base á la operación sin dos condiciones: 1.^a Profundo secreto: de ésta depende, esencialmente, la negligencia que es de desear en el enemigo respecto al golpe que se le prepara. 2.^a En las demostraciones que los desorienten, dirigiéndolas con arte que les inspire seguridad en su territorio, persuadiéndoles de ser otro el amagado.

Siendo el objeto primordial que aparten de sus costas la mayor parte de los bajeles y desguarnezcan á las islas de soldados, preciso es que la guerra que se les haga en otras partes sea real y muy activa para atraer á unos y otros. Los medios más naturales para despistar su atención lejos, son:

1.^o La guerra de Alemania. 2.^o La guerra de Portugal. 3.^o La apariencia de arrojarlos de la Martinica, la Guadalupe, y aun Jamaica, para lo cual tienen las dos Coronas, actualmente, escuadra de 30 navíos en América. 4.^o El sitio de Gibraltar. Esta plaza es para Inglaterra de tan gran consecuencia, después de la pérdida de Mahón, que bien puede presumirse empleará todas sus fuerzas de mar para mantener la posesión.

Pero dicho queda; necesario es que la guerra en estos lugares diferentes sea vigorosa y muy activa, á fin de apartar su atención de las escuadras de Cádiz, de Ferrol y de Brest; la más ligera sospecha de nuestro designio les induciría á retirar sus navíos de cualquier parte y á ponerlos en observación de los nuestros.

Gibraltar es el punto de Europa más lejano de Inglaterra, y las demostraciones efectivas que pueden hacerse contra la plaza deben detener á la escuadra en el momento que se elija para el desembarco. Monsieur de la Vallière, encargado del reconocimiento de la plaza, podrá haber descubierto dificultades insuperables ó formado plan de ataque con probabilidades de éxito; de cualquier manera es siempre conveniente formalizar el sitio, con el fin insinuado de atraer á las escuadras inglesas, haciéndoles creer que todas las nuestras y todos nuestros preparativos tienen ese destino. La reputación de Mr. de la Vallière, á quien debe encomendarse el asedio, sin hacerle responsable del resultado, bastará para preocupar á los ingleses estimulándoles á no descuidar nada que importe á la defensa; lo que empece es, que teniendo España todo su ejército en Portugal, carecerá de tropas para el sitio, mas el inconveniente se obviaría haciendo pasar desde Marsella, poco á poco, en barcos de Provenza, 30 batallones, y desembarcándolos en Estepona. Por la misma ruta podría encaminarse la artillería necesaria, utilizando la que sirvió para la conquista de Mahón, que debe



estar almacenada en Provenza. Las tropas francesas encontrarán en los cantones á que se las destine, cerca de Gibraltar, lo necesario á la subsistencia, y los oficiales no tendrán necesidad de caballos ni de gran equipo, no habiendo de emprender marchas. Se haría en esta forma la expedición con economía, y, dichosa ó no, llamaría seguramente á los ingleses hacia el Estrecho.

Con igual fin harían movimientos las escuadras de Tolón y de Cartagena; podrían ir á Mahón; de allí á Cartagena; volver á salir con apariencias misteriosas y órdenes secretas que contribuyan á que los ingleses esperen á pie firme en el Estrecho. Se esparcirá al propio tiempo rumor de reunirse en Ferrol todas las fuerzas de mar de España y Francia para presentarse ante Gibraltar y operar en combinación con las escuadras del Mediterráneo.

Francia iría preparando á la sordina, mientras tanto, cuanto crea necesario para el transporte de sus tropas á Inglaterra. Es de creer que, habiendo hecho tantas veces ensayos para empresas semejantes, volverá á encontrar, sin dificultad ni ruido, una parte de lo que hace falta entre Dunkerque y Calés: 80 barcas son suficientes al paso de los soldados, artillería y municiones. Como el plan se encamina á procurar á las escuadras de las dos Coronas superioridad en el Canal por cuatro ó cinco semanas, el tiempo es bastante para que verifiquen muchas veces las 80 barcas la corta travesía de ida y vuelta, y este número de embarcaciones es, en otro concepto, tan corto que no dará sospecha á los ingleses. Los demás preparativos han de hacerse con el mismo cuidado y precaución, mientras que en los destinados á Gibraltar haya ostentación. Que los britanos tomen la sombra por el cuerpo es justamente lo que procura el plan; no se pecará, pues, por exceso dedicando toda la atención á conseguir los fines de ambos objetos; la realidad está en procurar el éxito de las dos; pero el de la expedición de Inglaterra ha de dirigirse sin ocasionar alarma entre nuestros vecinos ni sospecha entre los pueblos en que necesariamente se han de preparar los medios.

Consiste lo más difícil en ocultar ó divertir el cuerpo de tropas destinadas á la empresa. El mejor expediente sería el de situarlas á espaldas del Bajo Rhin, ó entre el Mosa y este río como reserva ó parte de nuestro ejército de Wesfalia, porque pueden replegarse, en el tiempo marcado, sobre el Escalda, sobre el Lys, y de éstos sobre Dunkerque. Los días necesarios á la marcha pueden calcularse, así como la combinación que procure su llegada simultánea á la costa al tiempo fijo, para que las embarcaciones de transporte se reúnan y los 22 navíos de línea estén en el Canal.

Suponiendo que Francia quiera emplear en esta expedición 100 bata-



llones, conviene simplificar, en lo posible, su impedimenta, entre la que los caballos entran por mucho. Pienso que con dinero en mano será factible procurarse de cinco á seis mil de los campesinos de Inglaterra, y que podrá, por tanto, ir desmontada la caballería, llevando consigo las monturas y atalajes.

Falta estudiar la salida de las escuadras. Antes se ha indicado ser el punto de Ferrol el más aparente para inquietar á los ingleses respecto á Gibraltar, y al mismo tiempo para consentirnos conducir la armada á la Mancha. En este Departamento se hallan ocho navíos bien armados; Francia debe hacer pasar allí los seis que están en Brest, y España una división de ocho de los de Cádiz. Unos y otros han de procurar la unión sin encuentro de enemigos, para lo que no dejarán de encontrar medios sus Jefes, porque es de advertir que si los ingleses se persuaden de que la reunión de esta fuerza tiene por objeto la empresa ya comenzada contra Gibraltar y que está decidida á dar la mano á la escuadra del Mediterráneo, compuesta, como es dicho, de 14 navíos, preferirán aguantarse en el Estrecho á dirigirse al bloqueo de Ferrol, porque esta maniobra que dejaba sin guarda al Estrecho, les expondría á que la nuestra lo pasara y constituyera diferencia enorme; al paso que con 22 ó 24 navíos con que cuentan en Gibraltar, contienen á la escuadra del Mediterráneo, que no puede aproximarse sin combate desventajoso, y al mismo tiempo previene la llegada por el otro lado de la de Ferrol, que no es superior á la suya.

En conclusión; debe suponerse que los ingleses se mantendrán entre los cabos de Gata y de Santa María en disposición de seguir los movimientos de las escuadras franco-españolas en el Océano y en el Mediterráneo, y de batir con ventaja á cualquiera de ellas que se les aproximara. La situación es tal, que con 22 ó 24 navíos contienen á 36 de las dos Coronas. Tanto más llanamente entrarán en la nasa (*panneau*) cuanto más vean que en Gibraltar se activan las obras contra la plaza, y no observen movimiento alguno en Calés ni en Dunkerque.

Por esta misma razón es esencial hacer retirar todas las tropas que su Majestad católica tiene actualmente en Galicia, salvo las guarniciones necesarias en tiempo de guerra. Una escuadra de 22 navíos reunida en Ferrol y un cuerpo sobre la costa, de consideración bastante para la sospecha de estar destinadas á Irlanda, podrían descubrir lo que tanto importa ocultar á nuestros enemigos. Llevaría con toda seguridad su atención sobre Ferrol, y se apostarían de modo que la escuadra de las dos Coronas no pudiera salir sin combate; el número de sus navíos sería proporcional á las fuerzas que se propusieran destruir, y obligada la escuadra de Ferrol á batirse antes de poder ir al Canal de la Mancha, fracasaría la empresa, pues,



que, á más del descalabro que sufriéramos, le bastarían, como al presente, muy pocas naves para guardar el Canal y asegurarse contra los efectos de un desembarco. Yo aconsejaría, por tanto, que se ordene á la escuadra de Ferrol pasividad, prorrogando su expedición para tiempos en que pueda salir sin obstáculo. Repetiré que el secreto de la empresa contra Inglaterra consiste en no dejárselo penetrar y en divertir sus fuerzas atrayéndolas hacia otros puntos lejanos, cuya defensa le interese.

De la necesidad en que la Gran Bretaña se vería de reunir sus fuerzas para echar á las nuestras del Canal de la Mancha, echando mano de las escuadras de Quiberón y del Estrecho, se nos seguiría otra ventaja con la salida de los 10 navíos de Rochefort, que pondría á la escuadra del Mediterráneo en estado de señorear por algún tiempo el Estrecho, juntándose á ella los seis navíos de Cádiz y haciendo suma de 20 navíos, capaz de hacerse respetar y de favorecer al sitio de Gibraltar.

Si esos 10 navíos de Rochefort llegasen á unirse á la escuadra de la Mancha, la aumentarían considerablemente, y juzgo que teniendo los ingleses que hacer frente á 22 navíos en el Estrecho y á 32 en el Canal, no podrían resistir al mismo tiempo con eficacia en ambas partes.

La facilidad que tenemos de entrar en los puertos no siendo la partida igual, me inclina á proponer se ordene á los Jefes de mar que rehuyan el combate y molesten á los ingleses con salidas y arribadas, teniéndolos en perpetuo movimiento desde Gibraltar á la Mancha.

Someto mis reflexiones al supremo criterio de los Ministros que me han encomendado informe acerca de la invasión de Inglaterra.

Don Andrés Muriel; nota puesta en la traducción de la obra de William Coxe, *L'Espagne sous les rois de la Maison de Bourbon*, t. IV, pág 470, edición de París, 1827; tomando el documento, según dice, de los *Manuscrits de la Bibliothèque du Roi à Paris*.